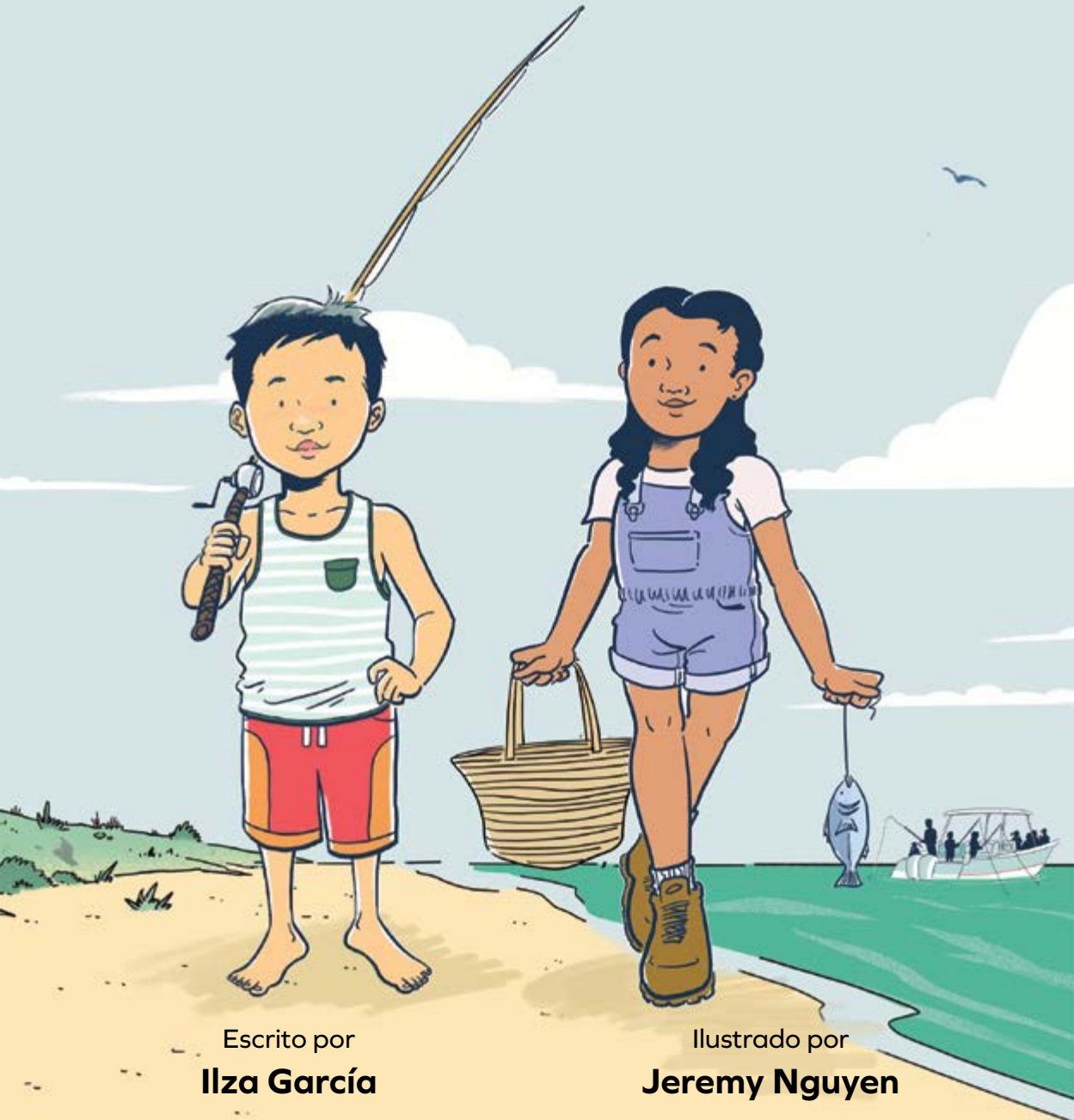


Amigos en el mar



Escrito por
Ilza García

Ilustrado por
Jeremy Nguyen

2.º grado

Lectoescritura 8

Amigos en el mar

Libro de lectura

This file is provided exclusively for use by students and teachers for whom the corresponding materials have been purchased or licensed from Amplify. Any other distribution or reproduction of these materials is forbidden without written permission from Amplify.

ISBN 979-8-88576-099-7

© 2022 Amplify Education, Inc. and its licensors
www.amplify.com

All Rights Reserved.

Core Knowledge Language Arts and CKLA are trademarks of the Core Knowledge Foundation.

Trademarks and trade names are shown in this book strictly for illustrative and educational purposes and are the property of their respective owners. References herein should not be regarded as affecting the validity of said trademarks and trade names.

Illustrations by Jeremy Nguyen

Contenido

Amigos en el mar

Lectoescritura 8

Libro de lectura

Atardecer en la playa	2
Una nueva amiga	8
La invitación	14
Esculturas de arena	20
¡Todos a bordo!	28
El pez rebelde	37
De vuelta al mar	44
Red de cangrejos	52
Trabajos y tradiciones	60
El faro misterioso	68
La marea alta	76
Cangrejos de noche	84



Atardecer en la playa

El sol empezaba a esconderse. Lam y su familia se preparaban para volver a casa luego de pasar el domingo en la playa. Lam pensó en todo lo que había hecho ese día. Había jugado en la arena, recogido caracoles y saltado entre las olas desde la mañana hasta el atardecer.



A Lam le encantaba ir a la playa de Corpus Christi con sus padres y su hermana. Sin embargo, ese día sentía que le había hecho falta estar con un amigo o una amiga de su edad.

Lam miró a su hermana Kim. Ella había invitado a su amiga Sandra, y las dos pasaron el día nadando, hablando y riéndose.

“Se ven muy felices juntas”, pensó Lam.





—¡Recojan sus cosas! —exclamó Sen, la mamá de Lam—. Vayámonos antes de que oscurezca.

Lam empezó a recoger sus juguetes de playa cuando se le acercó su hermana Kim.

—¡Oye, Lam! ¿Sabes qué le dijo un pez a otro? —le preguntó.

Lam se encogió de hombros, porque no sabía la respuesta.

—¡Nada! —exclamó Kim.

Lam soltó una risita. Su hermana era muy bromista. Siempre estaba contando chistes y tratando de hacerlo reír.

Lam sacudió la toalla y luego le dio palmadas a su **traje** de baño para quitarse la arena. Todos comenzaron a caminar hacia el carro que estaba estacionado en la **calle**.

Durante el camino de regreso, Kim y Sandra no pararon de hablar en el carro.

—¡La próxima vez traeré mis aletas para nadar!
—exclamó Sandra.

—¡Yo también traeré las mías! —dijo Kim entusiasmada.

Al oírlas, Lam volvió a pensar en lo maravilloso que sería tener la **compañía** de un amigo o de una amiga en la playa. Bao, su papá, pareció leerle la mente.



—Oye, Lam, ¿quieres invitar a alguien la próxima vez? —le preguntó.

Lam hizo una pausa antes de contestar.

—Sí, pero no sé a quién —dijo.

—Piénsalo —le aconsejó su papá—. Tú tienes muchos amigos y **seguro** que a alguno le gustará ir contigo a la playa.





Una nueva amiga

Lam salió al patio de recreo de su escuela. De pronto vio a Luz, que estaba meciéndose en uno de los columpios. Luz era la nueva niña de su clase.

Lam sabía que Luz se había mudado con sus padres hacía poco a Texas desde Baja California, México. La maestra les había pedido a los niños de la clase que ayudaran a Luz en todo lo que pudieran. ¡Era difícil adaptarse a otra escuela y reiniciar la vida en otra ciudad!

—Hola, Luz. ¿Cómo estás? —le preguntó Lam sentándose en el columpio junto a ella.

—Bien, gracias —contestó Luz sonriendo.

Los dos comenzaron a hablar de todo un poco. Lam le preguntó a Luz cómo le parecía su nuevo vecindario.





—Me gusta el **super**mercado que hay cerca de aquí —comentó Luz—. Allí mi mamá encuentra lo que necesita para preparar comidas mexicanas.

—¡Yo sé cuál es! —exclamó Lam—. Cerca de allí hay otro supermercado donde venden las cosas que mi papá usa para preparar comidas vietnamitas. Él dice que allí encuentra una **super**abundancia de productos.



—¿Super qué? —preguntó Luz.

—Superabundancia. Eso quiere decir que allí encuentra un montón de cosas —aclaró Lam.

Después de un rato, Lam le preguntó a Luz:

—¿Te gusta la playa?

—¡Me encanta! —contestó Luz—. En Baja California íbamos muy seguido a la playa. Aquí todavía no hemos ido.

—Yo voy a la playa con mi familia casi todos los domingos —dijo Lam sonriendo—. ¿Quieres ir un día con nosotros?

—¡Sí! —exclamó Luz ilusionada—. Pero tengo que pedir permiso.

Esa tarde, Lam y Luz salieron juntos de la escuela. Sen, la mamá de Lam, y Martín, el papá de Luz, los estaban esperando. Los cuatro se reunieron a hablar al lado de la escuela.

—Mamá, esta es mi amiga Luz —le dijo Lam a Sen—. ¿Puedo invitarla a la playa la próxima vez que vayamos?





—¡Claro que sí! —contestó Sen.

Luz miró a su papá, como pidiéndole permiso con los ojos.

—Ya sé que quieres ir —dijo Martín riendo—. Pero tenemos que hablarlo con tu mamá.

Sen sacó su teléfono del bolso. Le pidió a Martín que le diera su número de teléfono para ponerse de acuerdo. Los dos niños sonrieron. ¡Sus planes estaban marchando!

La invitación

Lam se sentó a la mesa con su familia. Estaba listo para saborear el delicioso caldo de pescado que había preparado su papá. ¡Era su plato vietnamita favorito! A Lam le encantaba el sabor agridulce del caldo. Era un sabor **in**comparable, es decir, un sabor que no se podía comparar con el de ninguna otra comida.

—Mamá —dijo Lam entre cucharadas de caldo—. ¿Ya hablaste con el papá de Luz? ¿La dejaron ir a la playa con nosotros?

—Sí, ya hablé con el papá de Luz y le dio permiso —contestó Sen de inmediato—. Pero no solo irá Luz con nosotros a la playa.

—¿Quién más irá? —preguntó Lam intrigado.



—También irán los padres de Luz —respondió Sen—. Como hace poco llegaron a la ciudad, tu papá y yo pensamos que sería bueno darles la bienvenida con esta invitación. Nos encontraremos en la playa el domingo, a eso de las 9 de la mañana.

—¡Bravo! —exclamó Lam aplaudiendo—. Ustedes podrán hablar mucho mientras que Luz y yo descubrimos cosas en la playa.



—Van a descubrir que el agua moja —dijo Kim en broma.

Lam rio al oír a Kim. A su hermana se le ocurrían cosas muy graciosas. Por supuesto, él ya sabía que el agua mojaba. ¡No hacía falta descubrirlo!

Después de la cena, Lam y Kim empezaron a llevar los platos a la cocina. Cuando terminaron de recoger el desorden, Sen se acercó a su hijo.



—Te tengo una sorpresa, Lam —le dijo.

—¿Qué es, qué es? Dímelo ya, Mamá —exclamó Lam, inquieto por saber cuál era la sorpresa.

—Ya te lo voy a decir, mi amor —dijo Sen—. Tu tío Yen nos llevará a pasear en su barco de pesca.

Al oír esto, Lam saltó de alegría. Le encantaba estar con su tío Yen. Con él había aprendido a preparar la caña de pescar, a enganchar los gusanos y a atrapar un pez. Hasta había aprendido a deshuesar los pescados.





—¡Podré enseñarle a Luz a pescar!
—exclamó Lam—. Creo que ella no
sabe hacerlo.

—Vamos a ver si le interesa, hijo
—dijo Bao—. Por lo pronto, iremos en el barco de
paseo. Ya veremos si también pescamos.

Lam comenzó a imaginar el paseo en el barco del tío
Yen. ¡Sería algo increíble!



Esculturas de arena

Por fin llegó el domingo. El día estaba soleado y una suave brisa hacía mover las olas del mar. El paisaje era encantador.

Lam se llevó una mano a la frente para cubrirse los ojos del sol y miró hacia lo lejos. Esperaba con impaciencia la llegada de Luz y sus padres.

—Seguro que llegan pronto. ¡Paciencia, hermanito!
—le dijo Kim.

Mientras tanto, Bao se sentó a leer. Como buen lector, no perdía oportunidad de leer en sus ratos libres. Sen, al igual que su hijo, estaba pendiente de la llegada de sus invitados.





De pronto, Lam apuntó a lo lejos.

—¡Allá vienen! —exclamó.

—Qué buen observador eres, hijo —le dijo Sen—.

Yo no alcanzo a verlos.

Lam le hizo señas a Luz con la mano y pronto las dos familias estuvieron reunidas. Cuando todos se saludaron y se presentaron, Sen dijo:

—En un rato nos encontraremos con Yen, mi hermano. Él nos llevará de paseo en su barco. Mientras tanto, ¿quieren caminar por la playa?

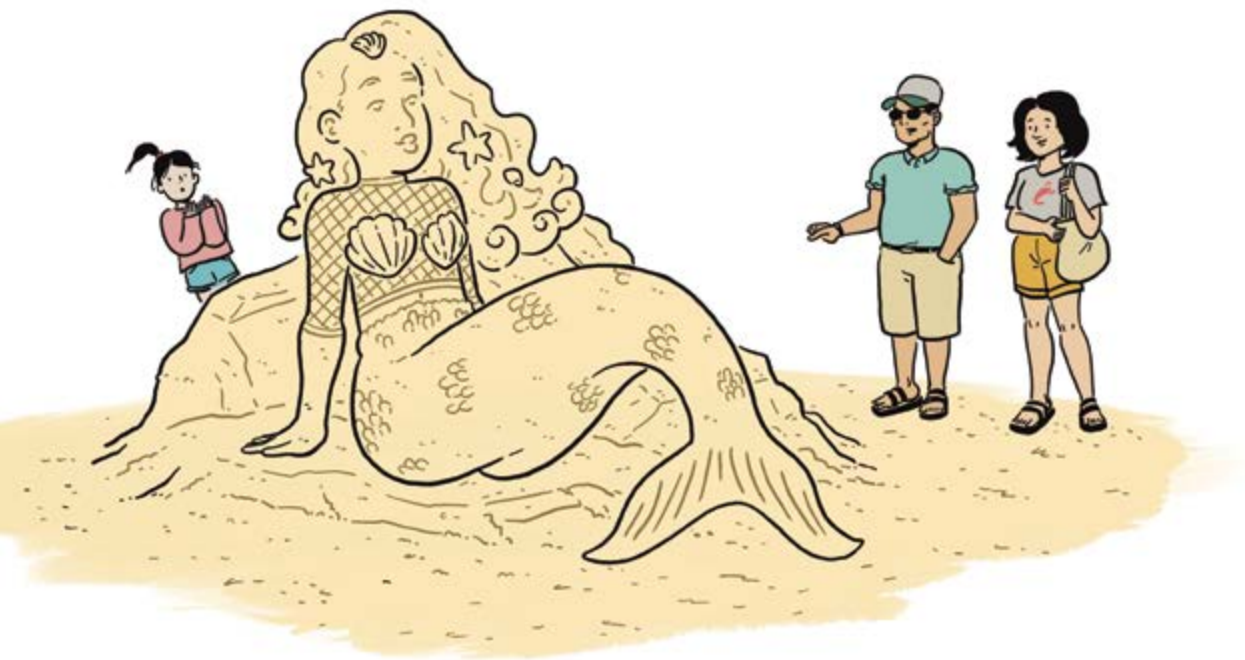
A todos les gustó la idea y empezaron a caminar por la playa. Después de un rato, vieron esculturas de arena.

Muchas personas las estaban observando.

—¡Es una competencia de escultores de arena!
—exclamó Kim entusiasmada.

Las dos familias se detuvieron a ver las esculturas de distintos tamaños y formas. Lam y Luz comenzaron a identificarlas.





—¡Esta es una sirena! —apuntó Luz.

—¡Guau! —exclamó Lam—. Me encantan las escamas de la cola.

Poco después, Lam señaló una escultura redonda con unos dibujos alrededor del centro.

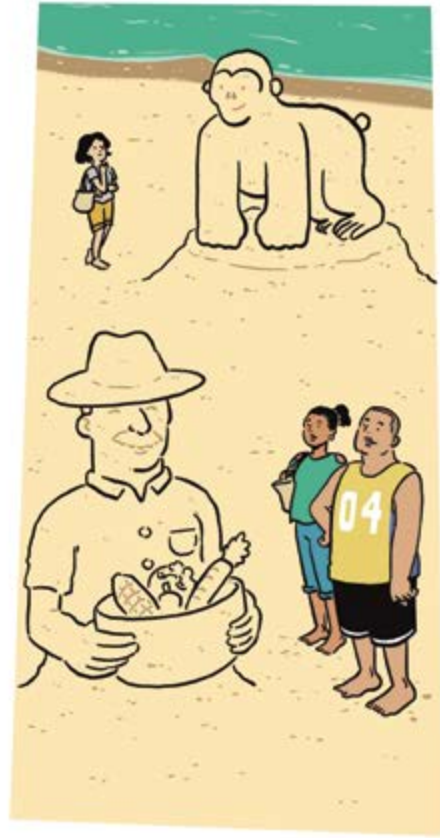
—No sé de qué es esta escultura, pero me gusta —dijo.

—Es el calendario azteca —explicó Martín, el papá de Luz.

—Los dibujos alrededor del centro representan los meses del año —añadió Lorena, la mamá de Luz.

Lam, Kim y sus padres escucharon atentos la explicación de Martín y Lorena. Nunca habían visto un calendario azteca y lo observaron detenidamente. Después, felicitaron a la creadora de la escultura y siguieron andando.





Más adelante se encontraron con otras esculturas de seres fantásticos y de animales, como la de un dragón, un gorila y una estrella de mar gigante. También vieron la escultura de un agricultor llevando una canasta llena de frutas.

Cuando llegaron a la escultura de un gran castillo, Lam exclamó:

—¡Hagamos nuestro propio castillo!



Luz aprobó la idea y Kim se ofreció a ayudarlos. Lorena sacó de su bolso unas palas y unas cubetas y los tres niños se pusieron manos a la obra. Mientras tanto, sus padres se sentaron a hablar animadamente.

A los veinte minutos, más o menos, el castillo estaba terminado.

—¡Guau, nos quedó lindo! —exclamó Luz.

—Sí, somos buenos constructores —afirmó Kim orgullosamente—. ¡Nos podemos dedicar a la construcción!



¡Todos a bordo!

Era el momento de encontrarse con el tío Yen, quien los esperaba en la bahía. Las dos familias caminaron hasta donde habían estacionado sus carros. El sol brillaba y hacía **muchísimo** calor.

—¡La arena está **calientísima!** —exclamó Lam dando saltitos.

—Ponte tus chanclas, hijo —le recomendó Bao.



Cuando llegaron al estacionamiento, cada familia se subió a su carro. La familia de Luz siguió al carro de la familia de Lam. Luego de un recorrido corto, llegaron a la bahía.

—No olvides la nevera —le dijo Sen a su esposo al bajarse del carro.

Bao sacó la nevera donde llevaba comida y bebidas para el paseo en barco. El papá de Luz también sacó una nevera con comida del baúl de su carro.

El tío Yen los recibió en su barco.

—¡Bienvenidos! ¡Todos a bordo! —exclamó con una gran sonrisa.

Las dos familias subieron al barco y se pusieron los chalecos salvavidas que les dio el tío Yen.

—¡Mi tío es un navegante buenísimo! —le dijo Lam a su amiga—. ¡También es el mejor pescador!

—Yo he paseado en barco antes, pero nunca he ido de pesca —comentó Luz.

Lam miró a Luz sonriendo.



—Yo te puedo enseñar a pescar —le dijo, y luego hizo una pausa—. Bueno, si tú quieres.

Los ojos de Luz se iluminaron de inmediato.

—Sí, ¡claro que quiero! Me gusta aprender cosas nuevas —afirmó.



El tío Yen prendió el motor del barco e hizo girar el timón con habilidad para salir del muelle.

—¿Listos? ¡Nos vamos! —exclamó el tío Yen con entusiasmo.

—¡Buenísimo! —gritó Lam alegremente.

Al ir avanzando por el mar, el barco fue dejando un camino de burbujas. Lam y Luz miraron las burbujas fascinados.



De pronto, Tío Yen aceleró el barco y el agua del mar comenzó a salpicarles el rostro.

—¡Me encanta sentir el agua en la cara! —le dijo Luz a Lam.

—Sí, a mí también me gusta mucho. ¡Es muy refrescante! —coincidió Lam.



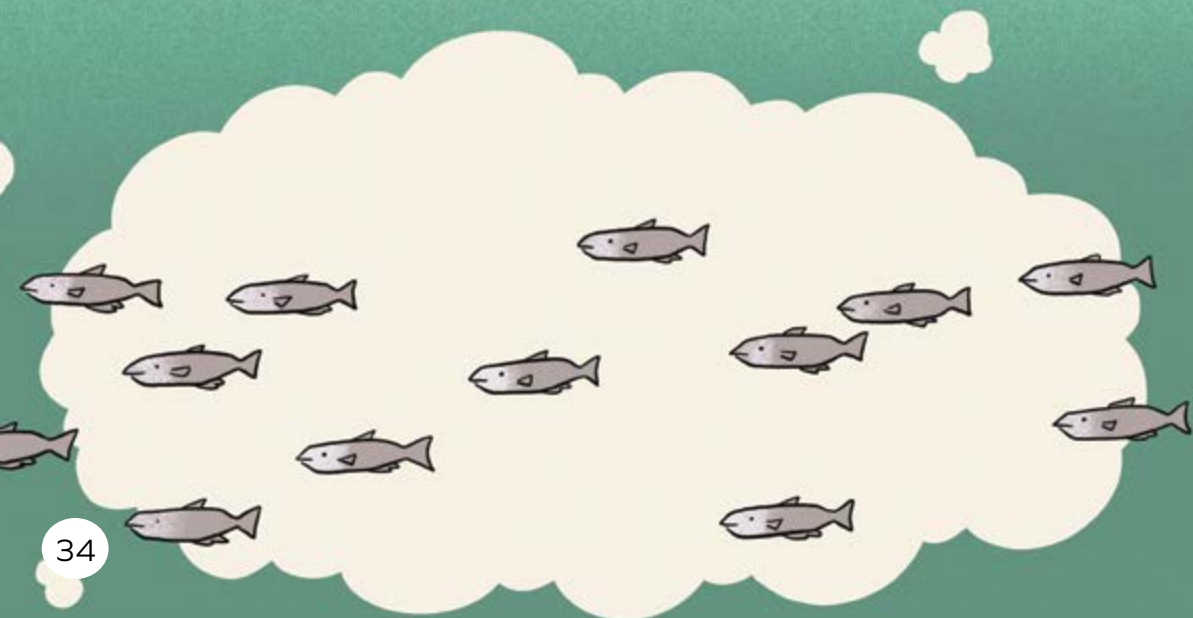
Mientras el barco avanzaba, Lam comenzó a decir adivinanzas sobre el mar para que Luz las resolviera. Lam las había aprendido del tío Yen, y le encantaba compartirlas con sus amigos.

—*Soy chiquito. Puedo nadar. Vivo en los ríos y en alta mar. ¿Qué soy?* —preguntó.

Luz lo pensó y de inmediato contestó.

—**Facilísimo.** ¡Es el pez! —dijo sonriendo.

—¡Sí! —exclamó Lam y luego hizo una pausa, como tratando de recordar algo. Poco después agregó:



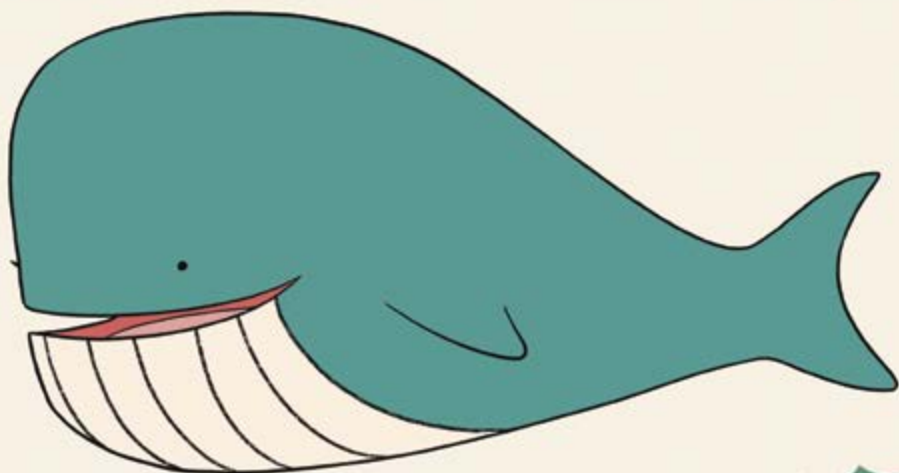


—Acá va otra adivinanza un poco más difícil: *Esta es la reina del mar, es grande y bella, como no le gusta ir vacía, siempre va llena.*

Luz se quedó pensando y se rascó la cabeza. No sabía la respuesta.

—¡Es la ballena! —exclamó Lam.

Los dos niños siguieron hablando y riéndose mientras el barco seguía avanzando.





El pez rebelde

El barco del tío Yen siguió alejándose. Los barcos y las personas que estaban en la bahía se veían cada vez más chiquitos hasta desaparecer de la vista. Lam miró **hacia** el inmenso mar. Estaba feliz de compartir ese momento con su nueva amiga.

Mientras el barco avanzaba, las dos familias se fueron conociendo mejor. Bao contó que tanto sus padres como los padres de su esposa habían nacido en Vietnam, un país de **Asia**. Se habían mudado a Texas hacía muchos años, donde formaron sus familias.

Lorena contó que ella, su esposo y Luz vivían hasta hace poco en Baja California, un estado de México vecino a Estados Unidos. Vivían en una ciudad costera llamada Ensenada.

—Nos gustaba vivir allá, pero esta ciudad también nos gusta mucho y sé que nos irá bien
—dijo Lorena.

Después de un rato, el tío Yen apagó el motor del barco.

—¡Vamos a saludar a mi tío! —le dijo Lam a Luz.

Luz se paró y siguió a Lam tambaleándose un poco. El barco se mecía cada vez que una **ola** lo golpeaba.

—¡**Hola**, chicos! —saludó el tío Yen desde su lugar frente al timón—. ¿Quién quiere bajar el ancla?

Lam iba a decir que él lo haría, pero se detuvo. Luz era su invitada, y tal vez a ella le gustaría hacerlo.

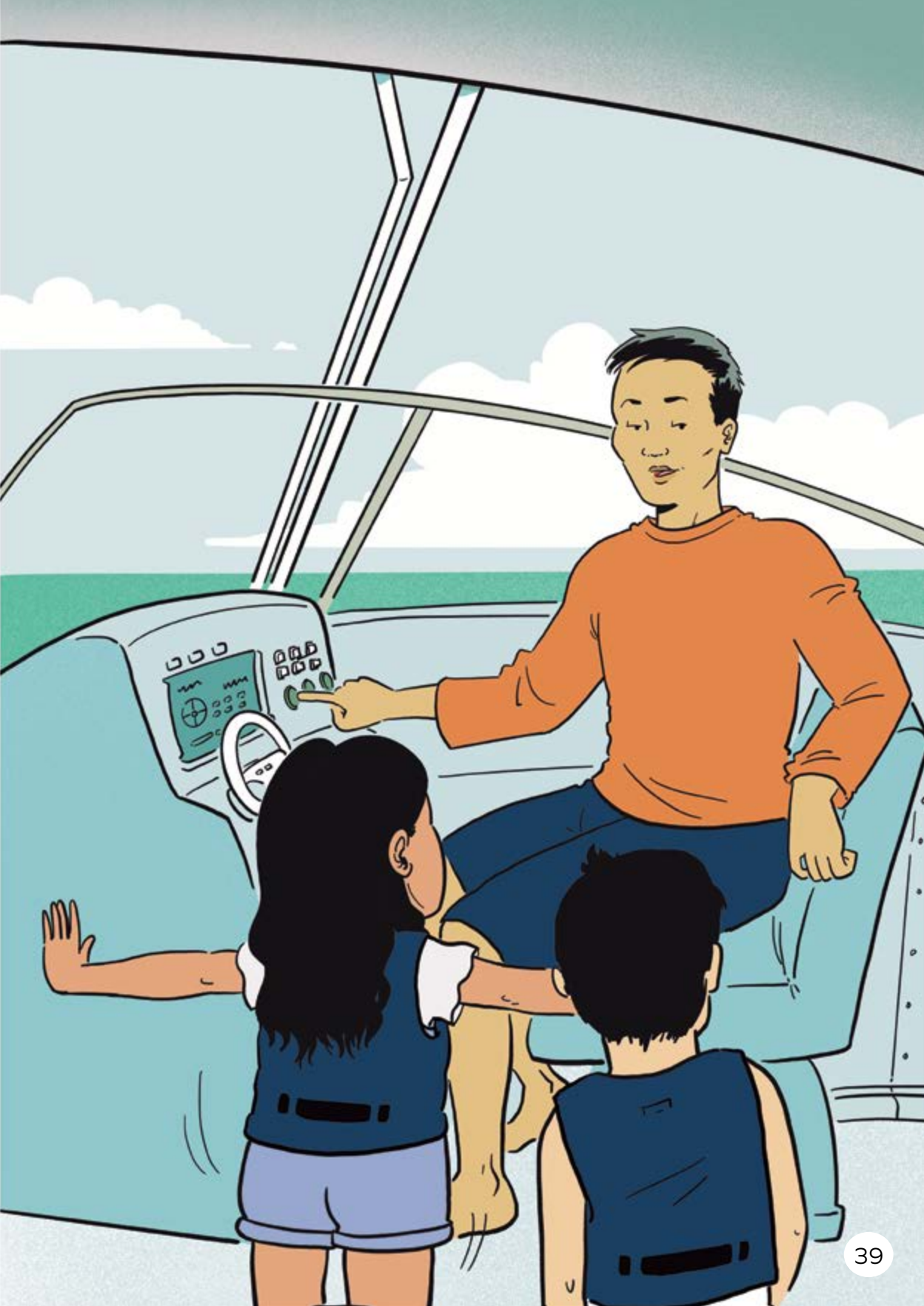
—¿Quieres bajarla tú? —le preguntó.

—¡Bueno! —contestó Luz—. ¿Cómo se hace?

El tío Yen señaló un botón cerca del timón.

—Es muy fácil —explicó—. Solo tienes que oprimir este botón.

Luz oprimió el botón. Ella y Lam se acercaron a la proa del barco para ver cómo se sumergía el ancla. Ahora el barco estaba asegurado al fondo del mar.





—¿Quieren pescar, niños? —preguntó tío Yen sacando las cañas de pescar.

Lam aceptó al instante. Luz dudó y luego dijo:

—Yo también quiero, pero nunca he pescado.

Lam sonrió orgulloso.

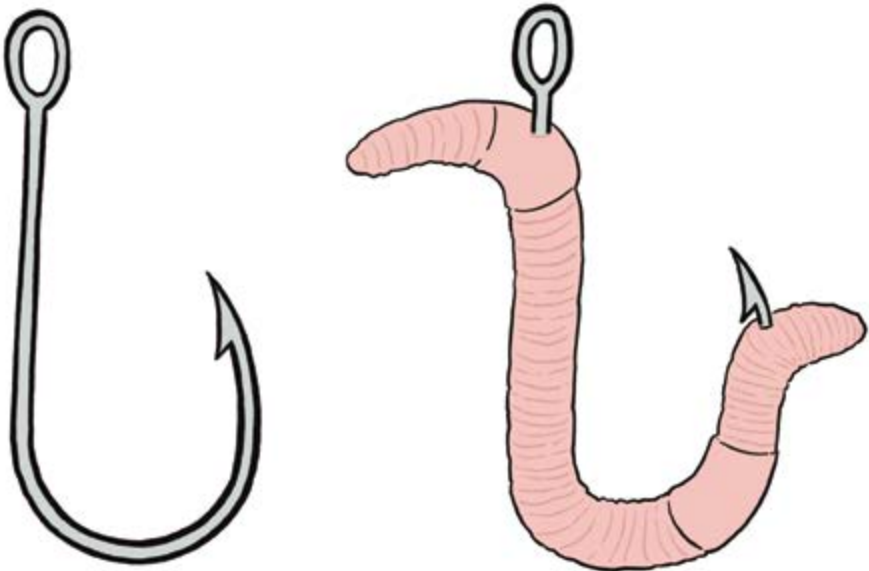
—¡Yo te ayudaré! No es difícil —le ofreció.

Lam tomó una caña de pescar y le mostró a Luz cómo sostener la de ella. Luego el tío Yen sacó una cajita con unos gusanitos de goma. Le ayudó a Luz a poner un gusanito en un ganchito de metal que colgaba de la caña.

Después, Lam le mostró a Luz cómo lanzar la línea de la caña de pescar al mar. Luz lo imitó.

—Ahora, ¡a esperar! —dijo Lam—. Veremos si tenemos suerte.

Los niños esperaron un buen rato sin pescar nada. Estaban por rendirse cuando Lam sintió un jalón en su caña. ¡Sabía lo que eso significaba!





—¡Atrapé un pez! —gritó Lam emocionado, mientras accionaba la caña para sacarlo del mar.

Todos se acercaron a ver el pez. Era plateado con manchas negras. Se retorció y brillaba bajo la luz del sol. Lam sacó el gancho de la boca del pez.

—Es una trucha —anunció el tío Yen.

Lam trató de sostener el pez resbaloso. La trucha empezó a menearse hasta caer de sus manos.

—¡Es un pez rebelde! —exclamó Kim.

Lam y Luz rieron al oírla. Yen examinó el pez y lo echó en una cubeta con agua.

—Es posible que lo devolvamos al mar —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Luz.

—Tengo que medirlo. Si es muy pequeño, lo tendremos que regresar al mar.

Kim aprovechó para hacer una broma:

—¡No todo lo que se **caza** se lleva a **casa**! —exclamó.

De vuelta al mar

Los niños observaron el pez que chapoteaba en la cubeta con agua.

—Creo que no podremos llevarnos este pececito a casa —comentó Lam—. Me parece que es muy chiquito.

—Lo comprobaré —dijo el tío Yen trayendo una regla especial.

—¿Para qué es esa regla? —preguntó Luz.

—Es para medir al pez —explicó Yen mostrándole la regla.

Luz vio que la regla tenía las rayitas normales entre cada pulgada, pero además tenía imágenes de distintos peces. Yen explicó que los peces que medían menos de 12 pulgadas, o 30 centímetros más o menos, debían ser devueltos al mar.



Yen sacó el pez de la cubeta y lo sostuvo.

—Ayúdame a medirlo, Lam —le pidió a su sobrino.

Lam puso la trucha al lado de la regla de pesca y la midió.

—Mide ocho pulgadas, o sea como 20 centímetros —anunció Lam.

—Entonces la devolveremos al agua, ¿verdad? —preguntó Luz.

Yen afirmó con la cabeza y luego le ofreció a Luz:

—¿Quieres devolverla tú al agua?

Luz pareció dudar, pero aceptó. Le gustaba la idea de devolver a ese pececito a su medio ambiente.

Lam le entregó la trucha resbaladiza a Luz para que ella la soltara. Luz la sostuvo con cuidado y la dejó caer por la borda del barco.

—¡Adiós, pequeña trucha! —dijo Luz, mientras veía que el pececito liberado se perdía entre las olas del mar.



—¿Siempre devuelves al mar a los peces pequeños?
—le preguntó Luz a Yen.

—Así es. Siempre lo hago —afirmó Yen—. Un pez tan pequeño no ha podido reproducirse, o tener pececitos. Imagina si todos los pescadores nos lleváramos a los peces jóvenes. ¿Qué crees que pasaría?

Luz lo pensó y contestó con otra pregunta:



—¿Se acabarían los peces?

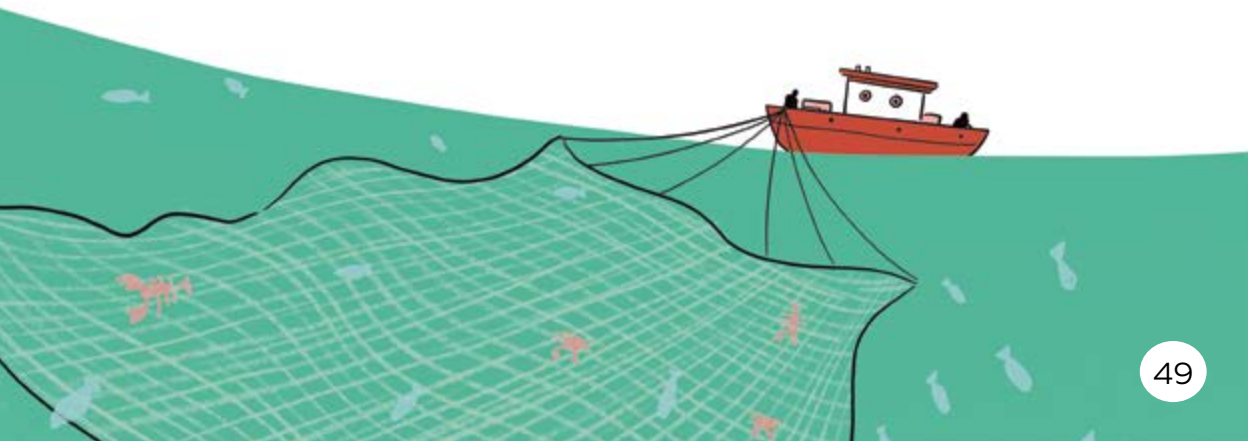
—Sí —contestó Lam—. O por lo menos, quedarían muy pocos peces.

El tío Yen confirmó lo que dijo Lam. Explicó que los pescadores deben seguir reglas para proteger a las especies marinas.

—Así, el mar seguirá teniendo peces y mariscos que sirvan de alimento a muchas familias —concluyó Yen.

En ese momento, Kim intervino:

—Además, los pececitos tienen poca carne.

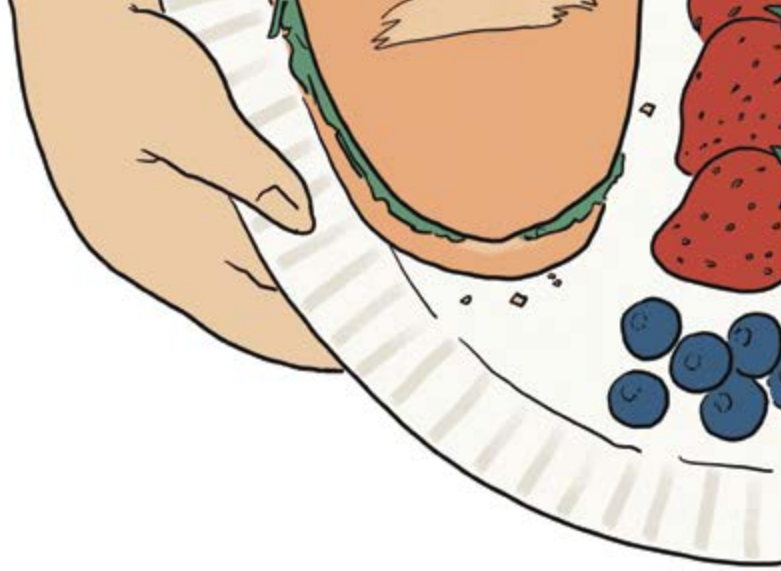


—Es cierto —afirmó Yen—. Para atrapar peces más grandes, tendríamos que irnos más lejos, a aguas más profundas.

Los niños ayudaron a Yen a recoger y guardar los implementos de pesca. Luz hacía preguntas sobre los distintos anzuelos que veía en la caja de Yen. Lam contestaba casi todas las preguntas de Luz, pues había ido muchas veces a pescar con su tío.

—¡Hora de comer algo! —anunció Bao, y sacó de la nevera unos sándwiches que había preparado.





—¡Gracias, Papá! —exclamó Lam—. Tengo mucha hambre.

Martín abrió su nevera y sacó un recipiente con fruta picada. La sirvió en unos platos que había llevado y se los pasó a cada uno.

—¡Qué rica fruta! —dijo Sen—. Es justo lo que necesitábamos para un día tan caluroso.

Lam comió contento pensando en lo que harían después. ¡Aún quedaba toda la tarde!



Red de cangrejos

—¿Qué haremos ahora? ¿Adónde iremos?

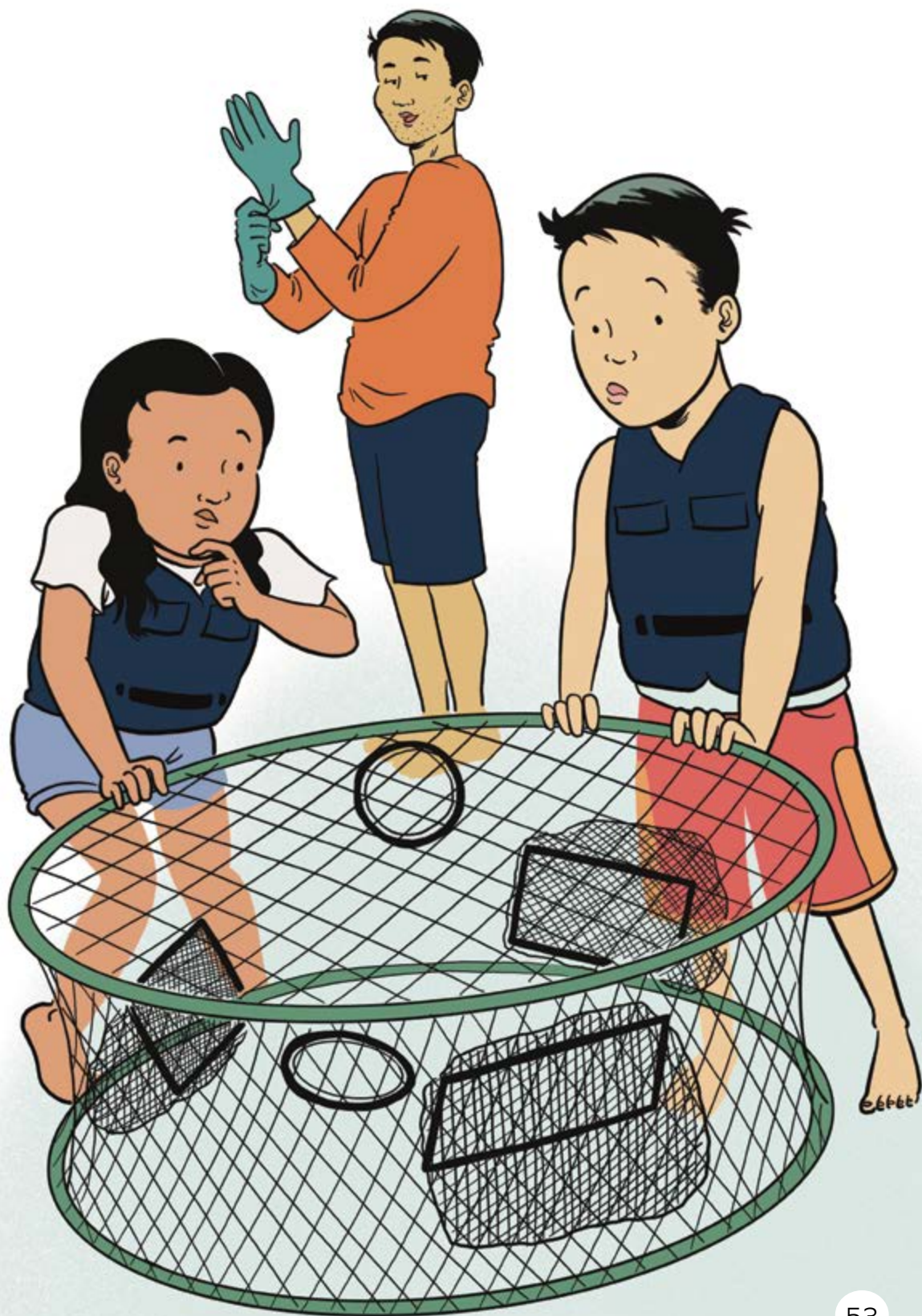
—preguntó Lam mientras su tío volvía a encender el motor del barco.

En vez de contestarle, el tío Yen señaló algo. Era una red en forma de cilindro. Adentro tenía bolsitas hechas de redes más pequeñas. También tenía pequeños túneles. Al ver la red, Lam exclamó emocionado:

—¡Vamos a atrapar cangrejos!

—Así es —confirmó Yen mientras conducía el barco—. Pero con esta red también se pueden atrapar otros animales marinos. Veremos cómo nos va hoy.

Lam tomó la red y se la mostró a Luz.



—Por este túnel entran los cangrejos y otros animales del mar —explicó Lam—. Quedan atrapados en la red.

El tío Yen condujo el barco hasta llegar al muelle de una isla. Entonces apagó el motor del barco y le preguntó a Luz:

—¿Quieres volver a bajar el ancla?

Luz aceptó de inmediato y oprimió el botón para bajar el ancla. Después, el tío Yen ató la cuerda del barco a una boya y la aseguró al muelle.

—Bueno, ahora prepararé la red antes de echarla al agua —explicó poniéndose unos guantes.

Yen sacó unos trozos de pollo de una nevera y los puso en las redes pequeñas dentro del gran cilindro.

—Esta es la carnada, o sea la forma en que trataremos de atraer a los cangrejos —explicó.

A continuación echó la red al mar.



En ese momento, Lorena, la mamá de Luz, se acercó.

—Me interesa ver esto —dijo—. Mi esposo y yo trabajábamos en un restaurante de comida de mar en Baja California, pero nunca íbamos a pescar. Siempre nos traían los pescados y los mariscos en neveras y nosotros los preparábamos.

—Me alegra que puedan verlo —comentó Sen.

Yen explicó que ese día había madrugado para dejar otra trampa de cangrejos en ese mismo lugar. Era el momento de sacarla del agua. Todos observaron mientras Yen desataba una cuerda del muelle antes de jalarla y sacar la trampa. Los niños vieron la red con asombro y trataron de identificar a los animales que habían quedado atrapados. Había cangrejos de diferentes tamaños y colores. También había peces y calamares.

Yen y Bao devolvieron los peces y calamares al agua. Los niños miraron los cangrejos.





—Me gusta cómo caminan de lado —comentó Luz.

Yen explicó que el caparazón del cangrejo tenía que medir al menos 5 pulgadas, o 13 centímetros más o menos, para poder llevarlo a casa.

—¿Es lo mismo que con los peces? —preguntó Luz.

—Así es, Luz —dijo Yen—. Si el cangrejo es muy pequeño, hay que devolverlo al agua.

Yen sujetó los cangrejos con tenazas y Bao los agarró del caparazón. Lam y Kim midieron los caparazones de los cangrejos y guardaron algunos en una nevera para llevarlos a casa.

—¿Cuándo recogerás la red que echaste al mar hace un rato, Tío? —preguntó Lam.

—Mañana temprano vendré a sacarla —dijo Yen.

—¿Puedo venir contigo? —preguntó Lam ilusionado.

—No, jovencito —dijo Yen—. Mañana es día de escuela.

Trabajos y tradiciones

La tarde **siguió** transcurriendo en el mar. El barco de Yen **permaneció** anclado en el muelle por un rato más mientras él se dedicaba a limpiar y doblar la red de cangrejos. Entre tanto, las dos familias continuaron conversando animadamente en el barco.

—¿Tu hermano Yen es pescador o solo pesca como pasatiempo? —le preguntó Martín a Sen.



—La pesca es su trabajo —contestó Sen—. Él es pescador de profesión, como también lo fueron mi padre y mi abuelo. Desde muy joven le gustó la pesca y se ha entrenado para ser un buen pescador.



Sen explicó que Yen había seguido con una **tradicción** de muchos años. En su familia, había varias generaciones de pescadores. Cuando sus padres se mudaron a Texas de Vietnam, les **llamó** la atención vivir en Corpus Christi por sus playas y sus buenas condiciones para la pesca. De hecho, había una comunidad grande de pescadores en esta ciudad.

—¿Crees que tú también **serás** pescador? —le preguntó Lorena a Lam.

Lam se **encogió** de hombros antes de contestar.

—Todavía no sé —dijo—. Me gusta la pesca, pero también me gustaría ser maestro. ¡Tal vez pueda ser maestro y pescador a la vez!

—¿O qué tal pescador maestro? —**sugirió** Kim medio en serio y medio en broma—. Podrías abrir una escuela de pescadores y enseñar a otros a pescar.

Lam **celebró** la idea de su hermana con un aplauso.





—Lam sabe que lo apoyaremos en lo que escoja
—añadió Bao—. No tiene que seguir la tradición de la
pesca necesariamente. Pero la idea de Kim no está mal
—agregó con una sonrisa.

Entonces Martín volteó a mirar a Kim y le preguntó:

—Y tú Kim, ¿ya tienes una idea de la carrera que te
gustaría seguir?

—Por lo pronto, quisiera ser comediante. Me gusta
pescar risas —contestó Kim haciendo un gesto gracioso.

Todos celebraron la nueva broma de Kim y estuvieron
de acuerdo en que podría ser una excelente comediante.

Después, Sen se dirigió a Luz.

—¿A ti qué te gusta, Luz? —le preguntó—. ¿Qué te
gustaría ser cuando seas grande?

Luz lo pensó un rato.

—A mí me gustaría ser veterinaria. Pero también me gusta el trabajo de **Papá** y **Mamá**. —respondió Luz.

Lorena explicó que su familia tenía una larga tradición como cocineros y dueños de restaurantes. Sus abuelos, sus padres, sus hermanos y ella misma se habían dedicado a este trabajo toda la vida.

—Mis padres son dueños de un pequeño restaurante de mariscos en Ensenada —dijo—. **Allí** trabajábamos Martín y yo. Pero nos mudamos **aquí** para apoyar a mi hermano, quien **abrió** un restaurante en esta ciudad.

—**Así** como ustedes, apoyaremos a Luz en lo que decida hacer —agregó Martín.

En ese momento, Yen **anunció** desde su lugar en el **timón**:

—¡Prepárense! ¡Arrancamos de nuevo!

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Lam.

—A un lugar al que siempre has querido ir —le contestó su tío.



El faro misterioso

Lam miró hacia adelante. ¡El barco iba directo al faro al que él siempre había querido ir! En otros paseos con su tío habían pasado cerca del islote donde se levantaba el faro, pero nunca se habían detenido a visitarlo. ¡Lam tenía muchísima curiosidad en conocerlo! Le parecía un faro misterioso, lejano, solitario y altísimo, como un gigante que miraba hacia el mar.

“Gracias por la sorpresa, Tío. ¡Eres lo máximo!”, pensó Lam a medida que el barco se acercaba al islote.

Cuando llegaron al islote, Yen ancló el barco y lo amarró al muelle. Todos se bajaron y se dirigieron al faro.







—¡Ven, Luz! —exclamó Lam, corriendo con entusiasmo—. ¡Vamos a explorar el faro!

—Espera, hijo —le advirtió Sen—. No vayan solos.

Lam obedeció a su mamá y dejó de correr para esperar a los demás.

—En Baja California, donde vivíamos, también hay muchos faros —comentó Lorena mientras caminaban—. Algunos siguen funcionando, otros están abandonados y otros se han convertido en atracciones turísticas.

—¿Para qué son los faros? —preguntó Luz.

—¡Yo lo sé! —contestó Lam—. Los faros son torres que mandan señales de luz para orientar a los barcos.

Bao afirmó y agregó:

—Así es. Hace mucho tiempo, los faros tenían una función importantísima en la navegación. Ahora existen otros métodos para orientar a los navegantes.

Pero algunos faros se siguen usando como apoyo.





—Este faro no sigue funcionando, ¿verdad?
—preguntó Martín con interés.

—No, pero se conserva por su valor histórico.
Alguien lo cuida —contestó Yen.

En ese preciso momento, escucharon una voz detrás de ellos que los saludaba.

Todos voltearon a ver y devolvieron el saludo. Era la cuidadora del faro, quien les dio permiso para verlo por dentro. ¡Lam estaba emocionado! Por fin conocería a ese misterioso gigante que miraba hacia el mar.

Al entrar al faro, Lam y Luz oyeron fascinados el eco que sus voces hacían.

—Hola, hoooolaaa —repitió Lam varias veces para oír el eco.

Todos comenzaron a subir la escalera larguísima en forma de caracol. De repente, escucharon unos ruidos extraños. Venían de lo alto del faro. Parecían chillidos, quejidos, gruñidos y silbidos.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Luz.

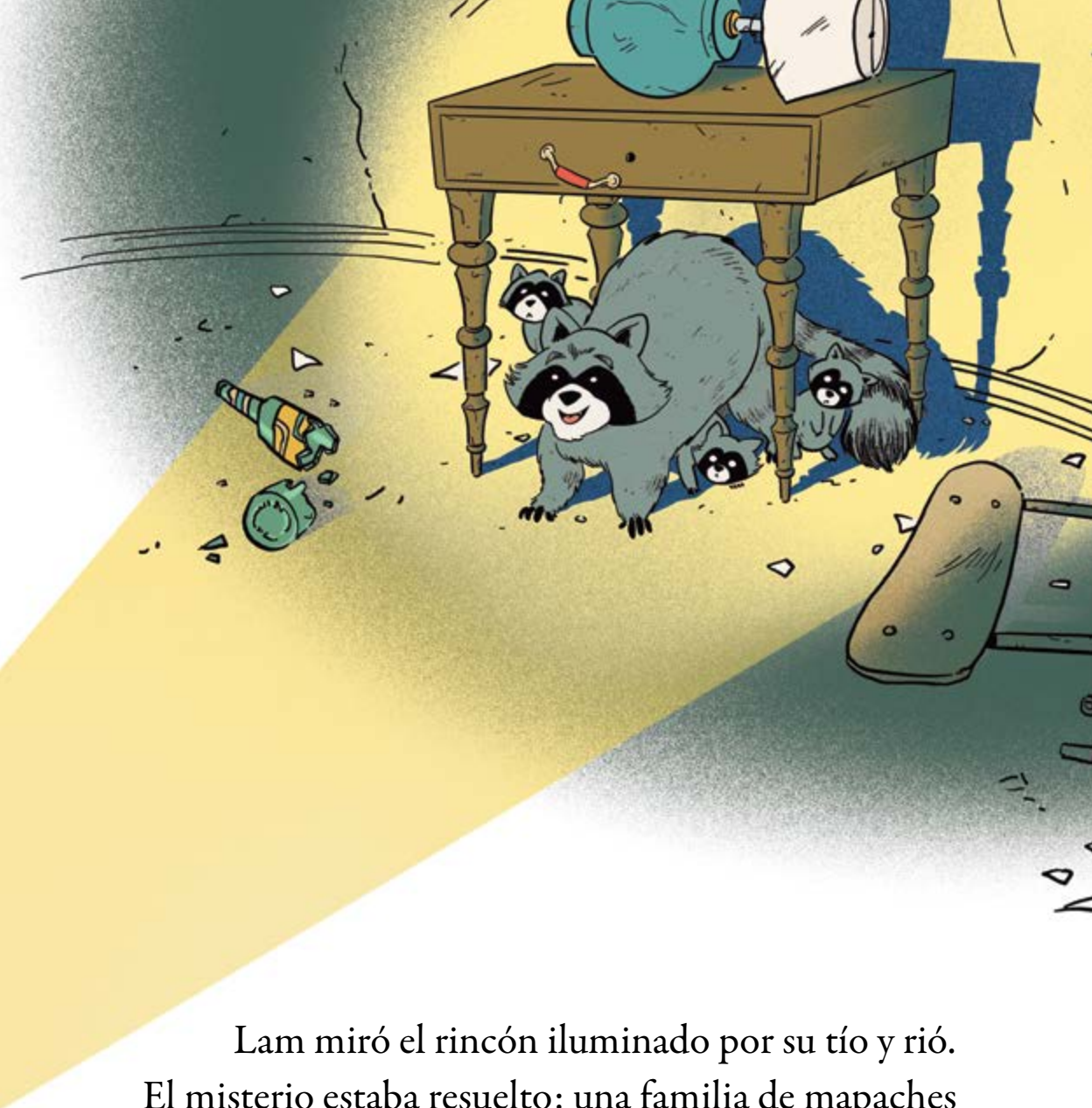
—¡Vamos a averiguarlo! —dijo Lam—. ¡Me encantan los misterios!

Yen prendió una linterna y subió delante de todos. Lam lo siguió de cerca. Los ruidos extraños se iban haciendo más fuertes a medida que subían los escalones.

Yen y Lam fueron los primeros en alcanzar la cima del faro. Llegaron a un pequeño cuarto redondo, con una ventanita desde la que se veía el mar. Yen iluminó el cuarto con su linterna. Entonces, se oyó un gruñido.

—¡Ajá! —exclamó Yen apuntando con su linterna—. Estos son los responsables de los ruidos extraños.





Lam miró el rincón iluminado por su tío y rió.

El misterio estaba resuelto: una familia de mapaches se había acomodado en el cuarto del faro. La mamá mapache estaba atentísima.

—No te preocupes, señora mapache —dijo Lam—. Ya nos vamos. Te dejaremos tranquila con tus hijitos.

La marea alta

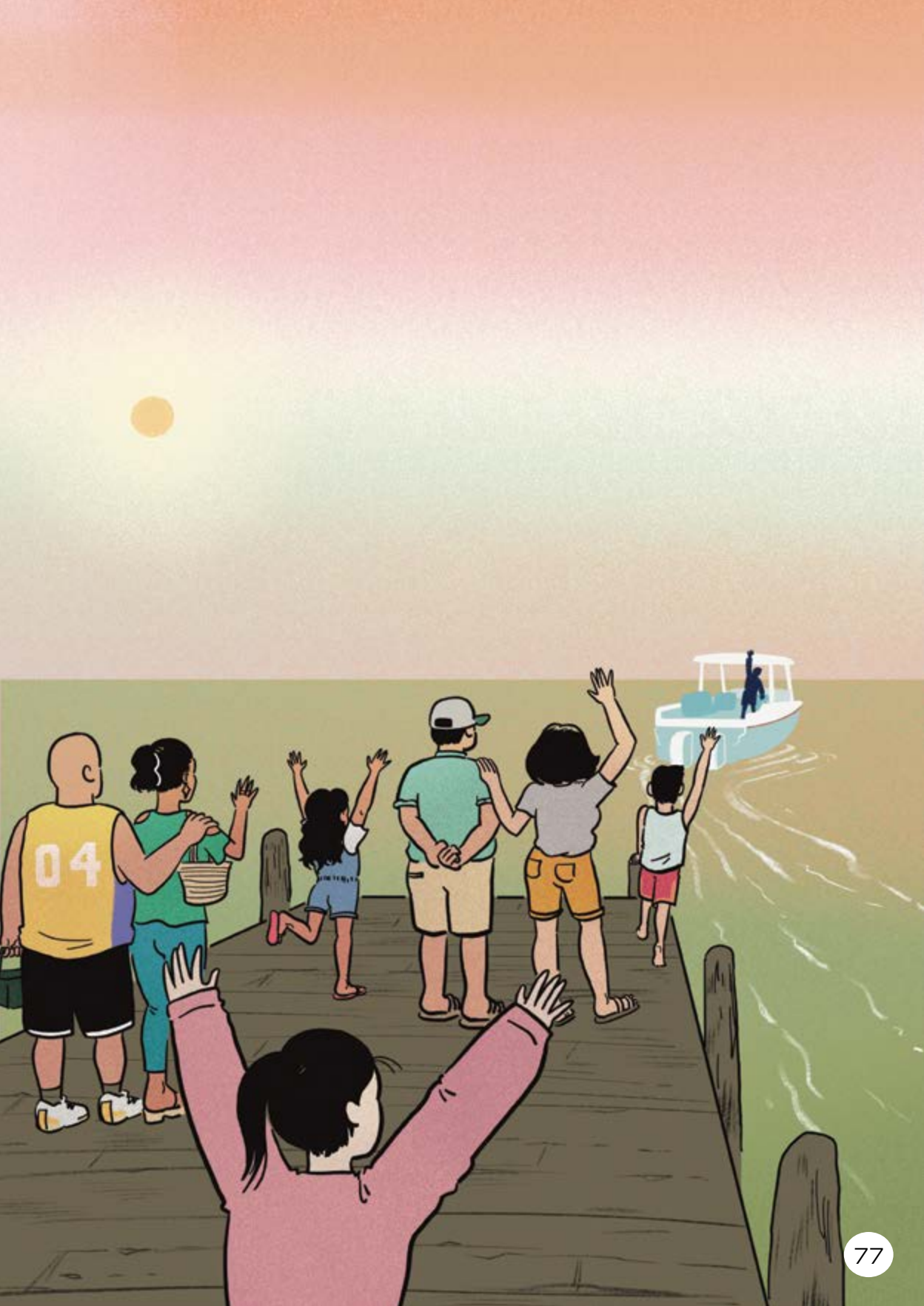
El sol se estaba ocultando. Era hora de volver. Yen condujo el barco para dejar a ambas familias en la bahía. Durante el viaje de regreso, Lorena sacó unas botanas y las compartió con los demás. Luz se recostó en el hombro de su papá y se quedó dormida. Al llegar a la bahía, Martín la despertó.

—¡Despierta, dormilona! —le dijo—. Ya llegamos, hijita.

Luz despertó y todos bajaron del barco.

—Muchas gracias por el paseo —dijo Martín al despedirse de Yen—. Fue un día maravilloso.

—Me encantó llevarlos en el barco —respondió Yen—. Espero que volvamos a vernos.



Cada familia estaba por irse a su respectiva casa, cuando Lam intervino.

—¿Podemos ir a la playa para ver si alguien hizo nuevas esculturas de arena? —preguntó.

—¡Me parece buena idea! —dijo Kim—. Es nuestra última oportunidad de ver las esculturas. El próximo fin de semana seguro ya no estarán allí.

Los padres aceptaron y cada familia se fue en su carro hasta la playa. Cuando llegaron, caminaron juntos buscando nuevas esculturas. Todos se maravillaron al ver un caballito de mar tallado en la arena.

Kim observó al caballito de mar con atención.

—Está simpaticón, pero un poco panzón —opinó—. Me parece que comió demasiadas algas.

Lam celebró el comentario de su hermana con una risita.





Al poco rato, las dos familias apreciaron la escultura de un cangrejo gigante.

—Está muy bien hecho —comentó Martín—. Se parece a los cangrejos que atrapamos hoy.

Kim se puso a andar por la playa de lado, como si fuera un cangrejo. Abría y cerraba las manos como las pinzas de un cangrejo. Lam y Luz la imitaron, mientras los padres de los niños reían al verlos.



—Qué divertida y juguetona es Kim —comentó Lorena—. Es una gran chica.

—Gracias —respondió Sen—. Estamos muy orgullosos de ella. Además de ser tan graciosa, es una gran hermana mayor. Siempre está tratando de que su hermano esté contento.

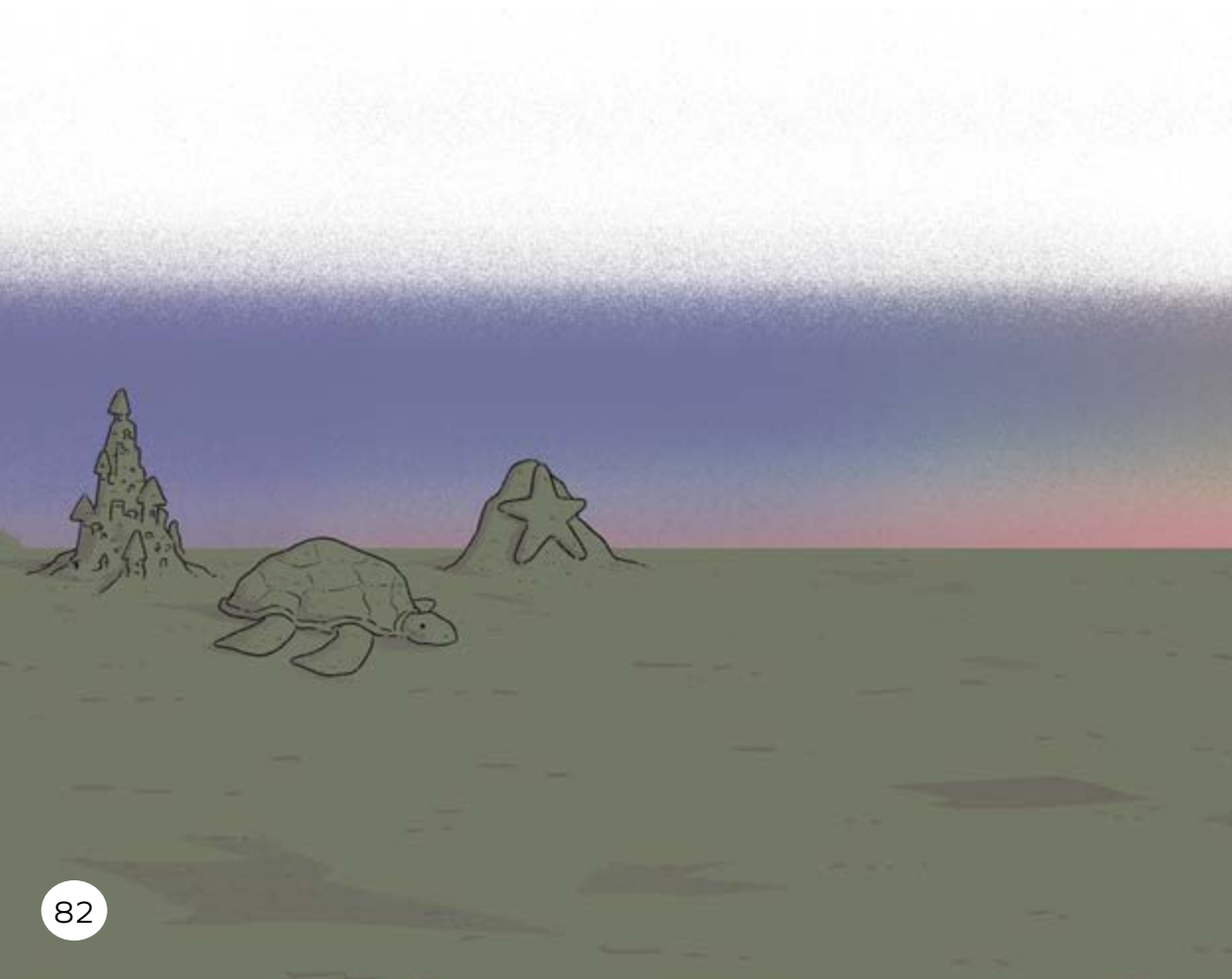
Las dos familias continuaron caminando un poco más mientras apreciaban otras esculturas de arena a su paso.

—¡Vamos a buscar el castillo que hicimos esta mañana! —sugirió Lam.

Todos fueron hacia el lugar en el que Kim, Lam y Luz habían hecho el castillo de arena, pero no lo encontraron.

—¡Ya no está! —exclamó Luz desilusionada.

Martín se acercó a los niños y les explicó lo que había pasado.



—La marea se llevó su castillo —dijo—. La marea hace que el nivel del mar baje y suba. Esto hace que las olas lleguen más lejos.

—En otras palabras: las olas se robaron nuestro castillo —dijo Kim—. Por eso los escultores hacen sus esculturas de arena más lejos de la orilla del mar. Eso es lo que tendremos que hacer la próxima vez. Así, nuestro castillo estará a salvo.

Luz miró a Kim contenta. Sus palabras indicaban que volverían a construir un castillo de arena otro día.



Cangrejos de noche

Comenzaba a oscurecer en la playa. Lam no quería que ese día se acabara. Así que se atrevió a proponer algo más:

—Pronto saldrán los cangrejitos de noche. ¿Podemos quedarnos a verlos?

—¡Yo también quiero verlos! —exclamó Luz entusiasmada.

Bao sonrió y dijo suspirando:

—Ay, niños, ustedes son incansables. Pero si los demás están de acuerdo, nos quedamos un poquito más.

—Por mí no hay problema —dijo Kim—. Me encantan esos cangrejitos que salen de noche como si fueran fantasmas. Por eso se llaman cangrejos fantasma.

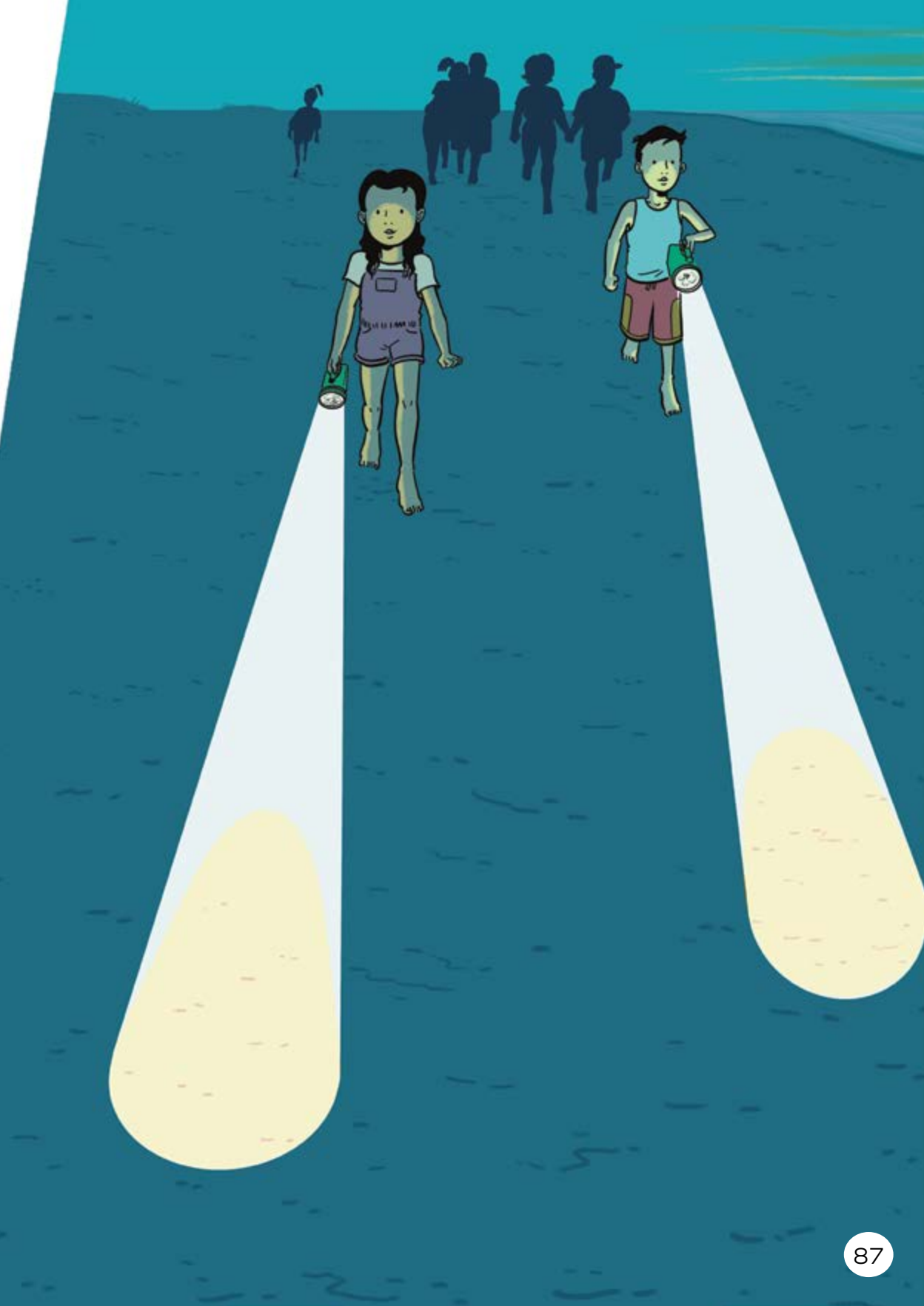


Sen, Bao, Lorena y Martín lo hablaron y acordaron complacer a los niños. Estaban cansados, pero les gustaba ver a sus hijos tan felices.

Como ya se estaba haciendo de noche, Martín fue a su carro para buscar un par de linternas. Le entregó una a Lam y otra a Luz. Las dos familias caminaron a lo largo de la costa buscando cangrejos en la arena iluminada por las linternas.

—Este es un trabajo de detectives —comentó Bao—. Hay que mirar con mucho cuidado para ver a los **cangrejitos**. Como son de color gris con blanco, se pueden camuflajear con la arena.

Unos pasos más adelante, los niños vieron un movimiento en la arena.



—¡Allí veo uno! —exclamó Lam—. La luz lo hizo parar por un momento.

—Sí, ¡yo también lo veo! —gritó Luz—. ¡Es tan **pequeñito!** Me gusta cómo mueve cada **patita**.

Los niños siguieron buscando cangrejos hasta que sus padres avisaron que ya era el momento de regresar a casa. Sen les recordó que aún no habían cenado y que al día siguiente tendrían que levantarse temprano para la escuela.

Todos fueron caminando hacia el estacionamiento. Mientras caminaba, Lam pensaba en todas las cosas que habían hecho ese día y en lo mucho que se había divertido con su amiguita.

“Tengo que darles las gracias a mis padres y a mi tío por este día”, pensó. “También tengo que darle las gracias a Kim por ser tan divertida”.





Al llegar al estacionamiento, las dos familias se despidieron. Aunque solo llevaban un día de conocerse, sentían que ya habían iniciado una amistad.

—Gracias por la invitación —dijo Lorena sonriendo—. Esperamos que nos visiten en el restaurante de mi hermano. Será un gusto atenderlos, así como ustedes nos atendieron a nosotros.

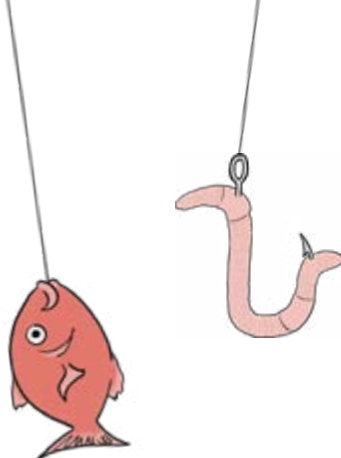
—Claro que sí —respondió Sen—. Además, nos veremos en la escuela de los niños.



Lam y Luz también se despidieron. Al día siguiente, tendrían mucho de qué hablar en el recreo. Recordarían todo lo que habían hecho ese día: vieron las esculturas de arena, construyeron un castillo, pasearon en barco, pescaron, conocieron el faro misterioso y buscaron cangrejos de noche.

“La playa y el mar son más divertidos con buenos amigos”, pensó Lam mientras se subía al carro de su papá.





Ilza García

Soy de Austin, Texas. Mi lugar favorito de Austin es Barton Springs, una piscina natural con agua de manantial. Cuando venían mis primos de visita, siempre los llevaba a disfrutar del agua fría.

Me encanta el mar, por eso escribir *Amigos en el mar* fue una encomienda que disfruté mucho. Algunas de las actividades que se relatan en la historia son cosas que he hecho con mi familia. También soy artista y trabajo con esculturas, por eso mi parte favorita del cuento es cuando los niños observan las esculturas de arena y hacen su propio castillo.

Es importante valorar a tu familia, apreciar lo que tienes. Es fácil compararse con otros y pensar en todo lo que te falta, pero recuerda, quizá otra persona quisiera tener lo que tú tienes.





Jeremy Nguyen

Me crié en Oakland, California. De mis recuerdos favoritos de Oakland atesoro cuando al terminar la escuela me iba a tomar té de boba en mi auto mientras el sol del área de la bahía poco a poco se iba ocultando.



Me divertí mucho ilustrando *Amigos en el mar*, en especial porque pude jugar con la paleta de colores, que fue clave para muchas de las decisiones que tomé. El verde mar que elegimos no parecía atractivo al principio, ¡pero se ha convertido en uno de los temas más memorables del libro!

Esta encomienda también trajo consigo algunos desafíos. Por ejemplo, dibujar tantas escenas y escenarios diferentes fue todo un reto. La historia incluye muchos detalles, como esculturas de arena, un calendario maya, una jaula llena de cangrejos y una escalera de caracol.



Core Knowledge Language Arts

Amplify

Senior Vice President and General Manager, K-8 Humanities

LaShon Ormond

Chief Product Officer

Alexandra Walsh

Chief Academic Officer

Susan Lambert

Content and Editorial

Elizabeth Wade, PhD, Vice President, Editorial

Genya Devoe, Executive Director

María Oralia Martínez, Associate Director

Patricia Erno, Associate Director

Baria Jennings, EdD, Senior Content Developer

Sean McBride, Content and Instructional Specialist

Christina Cox, Managing Editor

Product and Project Management

Amber Ely, Director, Product

Elisabeth Hartman, Associate Product Manager

Melissa Cherian, Executive Director, Strategic Projects

Catherine Alexander, Associate Director,
Project Management

Stephanie Koleda, Senior Project Manager

Leslie Johnson, Director, Commercial Operations

Zara Chaudhury, Project Manager

Patricia Beam Portney, Project Coordinator

Tamara Morris, Project Coordinator

Design and Production

Tory Novikova, Senior Director, Product Design

Erin O'Donnell, Senior Product Design Manager

Contributors

Content and Editorial

Laia Cortes, Bilingual Content Designer

Ana Mercedes Falcón, Copy Editor and Translator

Ana Killackey, Copy Editor and Translator

Jorge Limón, Copy Editor and Translator

Sofía Pereson, Copy Editor and Translator

Brycé Pesce, Bilingual Content Designer

Melissa Saldaña, Bilingual Content Designer

Lyna Ward, Bilingual Content Designer

Mabel Zardus, Senior Bilingual Content Designer

Product and Project Management

Reyna Hensley, Project Manager

Carolina Paz-Giraldo, Project Manager

Art, Design, and Production

Raghav Arumugam, Illustrator

Derick Brooks, Illustrator

Olioli Buika, Illustrator

Ami Cai, Illustrator

Alanna Conway, Illustrator

Stuart Dalgo, Production Designer

Lucas De Oliveira, Production Designer

Rodrigo García, Senior Visual Designer

Isabel Hetrick, Illustrator

Ana Hinojosa, Illustrator

Ian Horst, Production Design Manager

Jagriti Khirwar, Illustrator

Janelly Rodriguez, Illustrator

Francesca Mahaney, Illustrator

Amber Marquez, Image Researcher and Illustrator

Jocelyn Martinez,

Image Researcher and Illustrator

Emily Mendoza, Illustrator

Islenia Millien, Illustrator

Melisa Osorio Bonifaz, Art Director

Emma Pokorny, Illustrator

Dominique Ramsey, Illustrator

Meghana Reddy, Illustrator

Janelly Rodriguez, Illustrator

Jules Zuckerberg, Illustrator

Editorial Development and Production Services

Aparicio Publishing

Amplify Caminos



Amplify Caminos

2.º grado | Lectoescritura 8

Libro de lectura | Amigos en el mar

ckla.amplify.com

ISBN 9798885760997



9 798885 760997